

De aquellas aguas, estos lodos

Carta abierta a mis colegas biólogos

ANTONIO MACHADO CARRILLO

Si se mira bien, el perfeccionamiento de las adaptaciones de las especies a su entorno se basa más en un acertado 'descarte' de los errores a través de la evolución, que en lo afinado de las innovaciones que puedan ir surgiendo. Por eso, creo en el error como fuente de mejora de las cosas salvo que, por torpeza o mero orgullo, lo marginemos con excusas o simple ceguera, desperdiciando así su tremendo potencial para corregir y progresar.

Hago esta introducción para dejar claras mis intenciones, aun a sabiendas de que algunos compañeros van a interpretar mal esta crítica mía, sincera y bienintencionada, aunque, me temo, algo tardía. Quienes nos ocupamos o preocupamos por el medio ambiente y la conservación de la naturaleza, habremos notado en los últimos años un creciente desinterés hacia estos asuntos por buena parte de la sociedad y la mayoría de sus dirigentes. Hasta hace poco más de tres o cinco años, y en toda la década final del siglo pasado, la protección de la naturaleza era un valor en alza aquí, en Canarias. Los biólogos, como profesionales, irrumpimos en el nuevo mercado ambiental vinculado al desarrollo de la emergente legislación en materia de prevención del impacto ecológico y de áreas protegidas. Una situación realmente prometedora para un colectivo que venía renqueando en el mundo profesional ajeno a laboratorios y centros de investigación (biólogos de bata). Surgieron biólogos profesionales libres y empresas de corte ambiental dirigidas o dominadas por biólogos. Las Administraciones públicas empezaron a incorporar biólogos a sus cuadros técnicos, y el medio ambiente fue adquiriendo carta de naturaleza en nuestras instituciones, incluso en los ayuntamientos, que parece que siempre reaccionan con cierto retardo.

¿Y cuál es la situación ahora? Quizás aún no sea grave o muy notoria, pero hay suficientes síntomas para vislumbrar un futuro gris y poco halagüeño. Últimamente, la naturaleza está a la baja. El proyecto de Ley de Biodiversidad de Canarias languidece desde hace años en el Parlamento de Canarias y decaerá sin siquiera haber sido debatido; llegan rumores de que varios ayuntamientos están amortizando sus plazas de biólogos y abriendo plazas nuevas a otros profesionales; la biblioteca del Centro de Planificación Ambiental, en La Laguna, se mantuvo cerrada un par de años sin aparente preocupación o vergüenza; los servicios técnicos del Gobierno vinculados a la biodiversidad y áreas protegidas están arrinconados en una suerte de *ghetto*, cuando no han sido engullidos por el pulso urbanista, que renueva sus andanzas con sorprendente entusiasmo.

Es fácil achacar estos síntomas y cambios consumados al sempiterno contubernio político-empresarial al que endilgamos todos los desatinos y calamidades que padece nuestro territorio por culpa del Gobierno y la clase política. Pero, antes de señalar a un culpable externo exonerador, hagamos un ejercicio de reflexión autocrítica y veamos si, como colectivo pro-

fesional, tenemos o no algo de responsabilidad en este torcimiento de las cosas. Yo creo que sí, y mucha.

Los biólogos aterrizamos mal en el campo profesional de la gestión de los recursos naturales y conservación de la biodiversidad. Estamos lógicamente impregnados de una biofilia importante -es consustancial con nuestra carrera-, pero la encauzamos mal. Las universidades canarias, donde nos hemos formado los biólogos de bota, no nos preparan como ecólogos profesionales. En cambio, de las aulas salen hornadas de biólogos ecologistas -o ecologistas biólogos- cargados de buena fe, valores, ilusiones y mucho corazón. Esto, que en sí no tiene por qué suponer nada malo, ha sido, sin embargo, el germen anunciado de nuestros males presentes. Toda ciencia está libre de valores, y así ocurre con la ecología o con cualquiera otra disciplina.

Pero, cuando se trata de una ciencia aplicada, en este caso la ecología, a la conservación o gestión ambiental, adopta determinados objetivos, y de ahí su carga valorativa que permitirá discriminar entre lo que será bueno y lo que será malo. Pero esos objetivos no surgen por generación espontánea, sino que son consensuados por la sociedad a través de sus leyes y del quehacer político legitimado en el juego democrático. Ahora bien, el ecologista suele orientar su trabajo hacia sus propias convicciones, valores y sentimientos hacia la naturaleza. Repito, que ello está bien en el plano individual y privado; de hecho creo que un movimiento ciudadano ecologista fuerte es actualmente una necesidad perentoria frente a esta suerte de neocapitalismo que avasalla el planeta. La acción ecologista se merece todos los respetos y apoyos, por lo menos de mi parte, pero no tiene encaje, me temo, en el sector público-administrativo, ámbito del que me ocupo en esta reflexión. Y muchos biólogos trabajan hoy en la cosa pública, como contratados o a través de empresas interpuestas, sin haber pasado por la formación previa a la incorporación de cualquier funcionario. No es que esta última sea una panacea, pero comporta un entendimiento básico en asuntos de administración pública, de derechos ciudadanos y de respeto a las reglas democráticas. Se trata de poner las capacidades profesionales propias al servicio público -y hay que empezar por entender lo que ello significa en profundidad-, en vez de aprovechar las estructuras públicas para desarrollar nuestras filias o combatir nuestras fobias. Muchos biólogos vienen desarrollando su trabajo, consciente o inconscientemente, como una cruzada, trabajan por una causa (la del ecologismo) y, como ocurre en casi todos los 'ismos', acaban por justificar los medios por el fin. En su entusiasmo y convicción desoyen la voz de los políticos -satanizados, las más

de las veces- y desatienden los limitantes de las leyes. Así, con igual entusiasmo y buena fe, atropellan los derechos de la ciudadanía día sí y día no, amparados por las inmunidades del poder. Hay algo de redentor en esta actitud y muy poco de espíritu democrático o respeto al Estado de Derecho. Quienes no encajen en este perfil -y me consta, que los hay-, que me perdonen si he exagerado un poco.

Recuerdo a un profesor del Servicio de Parques Nacionales de Estados Unidos, Jerry de nombre, que me preguntó, allá por el año 1977, si quería dedicarme a la conservación de la naturaleza. Ante mi rotunda afirmación, pidió que abriera los brazos en cruz, colocó en mi mano izquierda un pesado códice, y sacudiendo mi derecha, dijo: "Recuerda, siempre que trabajes en conservación con tu mano derecha, que nunca te falten las leyes en la izquierda". A lo largo de mi vida profesional he podido comprobar lo acertado y el alcance de tan sabio consejo, y por eso quiero compartirlo en estas líneas si aún no me han excomulgado.

La clase política y, en cierta medida, la sociedad empiezan a ver en el biólogo no a un profesional que ayuda a resolver problemas, un colaborador en la acción pública, sino casi a una especie de fundamentalista que se opone a prácticamente todo, con o sin argumentos, o estirando éstos hasta el absurdo. En definitiva, alguien que está "en frente" y no al lado de uno. Muchos políticos -y no sólo políticos- no distinguen siquiera entre un ecólogo y un ecologista. Esto es grave, y ya se pueden apreciar sus consecuencias.

Si queremos ganarnos el respeto y un puesto en la sociedad, tenemos que empezar por respetar sus decisiones -siempre que estén legitimadas, por supuesto-, aunque no las compartamos. La razón no legitima; es el proceso democrático el que legitima en cuestión de valores y opciones. Es más, y por mucho que nos pueda doler, el Parlamento legitima la sinrazón. Intentar salvar a la sociedad de su error de modo unilateral nos convierte en ecofascistas.

Estas palabras pueden resultar duras, pero creo sinceramente que ha llegado el momento, como colectivo, de hacer una reflexión comprometida sobre el modo en que afrontamos nuestras responsabilidades laborales; si lo hacemos con exquisita profesionalidad o si, por el contrario, dejamos que nos gobierne ese pequeño (o grande) ecologista que llevamos dentro. Reflexionen antes de crucificarme. Y esta invitación la hago particularmente extensiva a los cuadros de educadores de nuestras universidades, para que recapaciten sobre la carga valorativa con la que imparten sus enseñanzas, pues buena parte del problema tiene solución en las aulas.

Todavía estamos a tiempo de recuperar el respeto de una sociedad que empieza a desconfiar de nosotros, y no le falta razón. No estamos 'pasando' de rosca. Así lo creo, y así lo digo.